

## FILOSOFÍA

Ayer me vi una cana en la cabeza.  
 (Por cierto, estuve triste todo el día.)  
 Cano y calvo, me dije, malo empieza;  
 Esta precoz señal de la edad fría  
 Me anuncia que, en lugar de una belleza,  
 Debo buscarte á tí, filosofía:  
 Tus severas doctrinas, el vacío  
 Que siento llenarán el pecho mío.

Hoy con tal pensamiento disipando  
 Fuese mi pena. Al fin con el sombrero  
 Á la nevada huésped ocultando  
 Fué ponerme en la calle lo primero.  
 Después, en serias cosas meditando,  
 Llegué á la casa de alguien á quien quiero,  
 Y allí..... Tan linda estaba que, á fé mía,  
 Vale mucho estudiar filosofía.

## HERMOGENES DE IRISARRI

Nació en 19 de abril de 1849, en la ciudad de Santiago; es hijo del célebre escritor americano, don Antonio José de Irisarri.

Desde 1840, año en que empezó á escribir para el público en el *Semanario*, hasta la fecha, ha colaborado en casi todos los periódicos literarios que se han publicado, escribiendo buenos artículos en prosa y hermosas poesías.

Bajo su dirección se publicó el primer tomo de la magnífica obra *Galería de hombres célebres de Chile*, y escribió en ella la biografía del general Mackenna.

Ha sido el señor Irisarri representante en Chile de las Repúblicas de Centro América durante largo tiempo y diputado al Congreso en años atrás.

Irisarri siempre ha merecido el aprecio sincero de sus amigos y la estimación de sus conciudadanos. Sin ódios, alejado de las luchas políticas, benévolo con todos, es como hombre lo que es como literato excelente!

## LA MUJER ADÚLTERA

IMITACION DE A. DE VIGNY

I  
 « Con mirra y con alóes  
 Perfumé cuidadosa el lecho mío;  
 El nardo y cinamomo,  
 Mis alfombras zahumaron del Egipto:  
 Galana entre oro y piedras  
 Luzca mi frente ante tu vista el brillo.  
 ¡Oh, ven pues, á embriagarme,  
 Caro mío, de amor en los deliquios,  
 Hasta que dé la hora  
 En que el día nos llame al sacrificio.  
 Hoy que el esposo se halla  
 Léjos de la ciudad y su recinto;  
 Ven, en nocturna vela,  
 Á ser felice, como yo contigo. »  
 — De una azotea arriba  
 Así se oyó sonar, y entre el sombrío  
 Ramaje de naranjos,  
 La voz de una mujer que abre un postigo  
 Y á su amante dá entrada,  
 Y lo cierra tras ámbos de improviso,  
 La secreta poniendo,  
 Que la puerta guardaba, en el pestillo.  
 Y luego estas palabras  
 Del amante y la bella enardecidos,  
 En la estancia se oyeron,

Vibrando el arteson de cedro rico:  
 « ¡Al fin vengo á abrasarme  
 En los rayos del sol de ojos tan lindos!  
 ¿Por ventura es mas bello  
 Que tu frente, en el valle el fresco lirio?  
 ¿Y mas que el de tus labios,  
 De la rosa el perfume es exquisito?  
 Como blando tu acento,  
 Son suaves, oh hermosa, tus cariños.....  
 ¡Ah, pronto, desanuda  
 Tu importuno collar, tus atavíos! »  
 — « No; deja que mi mano  
 Pueda enjugar lo que el ambiente quiso  
 Llorar en tus cabellos  
 De su celoso y húmedo rocío.  
 Por culpa mía solo  
 La noche heló tu frente, oh mi querido. »  
 — « Pero mi pecho en llamas  
 Solo alienta de amor al albedrío;  
 ¡Mi bella entre las bellas,  
 Cuando estoy junto á tí, me regocijo!  
 ¿Qué importa de las noches  
 Exponerme por tí á cojer el frío,  
 Si el fruto de la palma  
 Del amor no se coje sin peligros,  
 Si ese fruto lo tengo,  
 Si ya lo va á gustar el labio mío? »  
 — « Si..... mas ¿qué pasos oigo?.....

Y á estas horas, así ¿quién dá ese grito? »  
 — « Es que á oracion convoca  
 Un hijo de Aaron al pueblo pio.....  
 ¿Por qué te empalideces?  
 ¡Deja, deja una vez que al fuego vivo  
 Del ardoroso beso,  
 Nuestros amores sean consumidos;  
 De él solo se pagan;  
 Ahuyente tu temor y tu desvío,  
 Y á toda negativa  
 Selle por siempre el lábio purpurino! »  
 Y no se oyó ya nada;  
 Y la nocturna lámpara, su tibio  
 Resplandor consumiendo,  
 Por sí sola á la fin perdió su brillo.

## II

Era la hora en que el sol por el oriente  
 Sus rayos enviaba á la campaña,  
 Á los verdes olivos lustre dando  
 En la Santa Montaña;  
 Era la hora apacible en que atraviesa  
 El camello el desierto,  
 Sobre el jiboso lomo soportando  
 La carga tributaria,  
 De polvo todo y de sudor cubierto;  
 Era la hora en que el pastor que ha visto  
 La última estrella en el azul perderse,  
 Á la puerta se para de su tienda,  
 La blanca tela que la cierra alzando,  
 Á los suyos llamando  
 Á entonar el cantar que ha de ofrecerse  
 Al padre de la luz que un nuevo día,  
 Con nuevo sol, al universo envía.  
 Y el satisfecho seductor, su crimen  
 Al secreto entregando,  
 Del placer ya enojoso se desvía,  
 El placer y la víctima olvidando.

Ella se queda sola allí y se sienta,  
 Y en su pálida frente se trasunta  
 El rubor que acrecienta  
 Del fiero torcedor la aguda punta;  
 Fijar quisiera aquella noche triste  
 Que su cómplice ha sido,  
 Y que una sola fuera  
 Con su mal, y esa aurora  
 La última también y la primera.  
 Su falta y el lugar contempla ahora,  
 Se asombra de sí misma y de Dios duda;  
 Inmóvil, yerta, muda,  
 Las manos junta, entrambos ojos clava  
 En la secreta puerta,  
 Y á no ser por el llanto  
 Que señal de la vida en ella daba,  
 Ser dijérase allí que estaba muerta.

Tal vió Sodoma á la mujer incauta  
 Á quien Dios castigó cuando, soltando  
 Á su cólera el freno,  
 Y á dos pueblos malditos abrasando,  
 Sus palacios sumerge  
 De un pestífero lago en hondo seno.  
 Desoye la infelice  
 El celeste mandato :  
 Tal vez quiere mirar por vez postrera  
 El sitio donde vió la luz primera  
 Y en donde fué felice,  
 Ó, la ambicion su espíritu alentando,  
 Curiosa intenta levantar el velo  
 Del secreto de muerte;  
 Pero sus piés se enclavan en el suelo,  
 En estátua de sal se la convierte,  
 Y el justo que á Segor se encaminaba,  
 Pensaba que sentía  
 Los pasos que tras él ya nadie daba.

No se vé de otra suerte  
 La frente helada de la infiel judía.  
 Mas ¿quién es ese niño  
 Que á su lado aparece?  
 Porque mira llorar, él también llora;  
 Con tímido ademán el beso implora  
 Que todas las mañanas se le ofrece,  
 Y con incierta planta  
 Receloso á su madre se adelanta;  
 Y de su madre al fin, sereno un tanto,  
 Las mejillas besó que inunda el llanto.  
 ¡Cuán dulces son sus besos!  
 Devolverlos intenta;  
 Mas su esposo la espanta  
 Y á sus ojos en su hijo se presenta.  
 Delante de ese lecho,  
 Esas paredes y ese sacro techo,  
 De su secreto conyugal testigos  
 Y su amor criminal, se aterroriza;  
 El maternal amor la ruboriza;  
 Y en esa alcoba austera  
 Donde su hijo á besarle la provoca,  
 Ella manchar creyera  
 Los puros lábios con su impura boca  
 Quiso hablar, y su voz formó sonidos  
 Que murieron apenas articulados;  
 Acentos sufocados  
 Se escucharon también é indefinidos,  
 Y del fondo del alma adolorida  
 Pareció que arrancaba á pesar suyo,  
 El último suspiro de la vida.  
 Aparta el hijo de su lado entónces,  
 Que tanto al corazón en sobresalto  
 La vergüenza ha tomado por asalto;  
 Abrir quiere la puerta,  
 Y al rechinar los gongos  
 En el umbral se tumba;  
 No de otro modo, el pedestal faltando,  
 La estátua alabastrina se derrumba.

## III

En ese mismo día,  
 En la ciudad su entrada hizo un viajero  
 Que volvía de Tiro.  
 Testimonio de que era hombre opulento  
 Sus caballos lo daban,  
 Su comitiva toda y sus arreos.  
 El onagro listado  
 Y el indolente y sufridor camello  
 Que al conductor se esquivaba,  
 Tras el guía marchaban delantero,  
 Á lomo sustentando  
 De la carga preciosa el grave peso;  
 Y doce servidores  
 Que á su señor también iban siguiendo,  
 Las ricas sederías  
 Llevando en hombros y encorvando el cuerpo  
 Y se decía el amo :  
 No hay dudar que mi Séfora en acecho  
 Al horizonte pide  
 Y el polvo que apetece su deseo,  
 Y tal vez llora y clama :  
 « ¡Ay, que aun está de la ciudad muy léjos,  
 Y el sol se ha levantado,  
 Y el camino de Tiro está desierto! »  
 Sorprenderse la miro,  
 Cuando anhelosa sálgame al encuentro;  
 Y le diré yo entónces :  
 « Regocijate, oh bella, todos esos  
 Alfombrados, ese ámbar,  
 Esa seda, esa púrpura, mi afecto  
 Te hace obsequio de todo;  
 Y aquí les traigo, de bruñido acero,  
 Á tus ojos divinos,  
 El que tú ambicionabas, claro espejo. »  
 Y en las tortuosas calles  
 De la Santa Sion, así diendo  
 De una en otra pasando,  
 Se le perdió de vista en un momento.

## IV

Y era día de fiesta, y en el templo  
 El pueblo rumoroso se agolpaba;  
 Los niños, los ancianos, las mujeres  
 Que en contricion y llanto sumergidas,  
 Buscaban decididas  
 Remedio para el mal que las labraba,  
 El ciego que gritaba,  
 Y el torpe cojo que correr quería,  
 Y el asco de la tierra,  
 El impuro leproso,  
 Cada uno refería

De su cura el milagro portentoso,  
 Á los piés del Señor de tierra y cielo  
 La turba prosternándose en el suelo.  
 El que ha nacido entre el dolor y penas,  
 Rey de la pobre gente,  
 Milagros prodigaba,  
 Derramando el consuelo á manos llenas;  
 De sus lábios manaba  
 De oráculos eternos una fuente :  
 La carga de la vida compartía  
 Con todo el que sufría :  
 Igualábase al pobre en la pobreza,  
 Saliéndole al encuentro su grandeza.  
 Y algunos hombres rudos,  
 De humilde nacimiento,  
 Pero en su escuela divina formados,  
 Pero llenos del mismo sentimiento,  
 Lo seguían callados,  
 Contemplando la luz que despedía  
 La célica aureola  
 Que su testa sagrada circunfería.

De súbito aparece  
 Arrebatada entre tropel furioso,  
 Por el pelo cogida  
 Manchada una mujer de sangre y lodo :  
 Al cielo levantaba  
 Sus azorados y brillantes ojos,  
 Los brazos no, que atados  
 Los tenía á la espalda por los codos  
 Ante el Hijo del Hombre  
 Es conducida; los escribas torvos,  
 Imaginando insultos,  
 Y engolfados en mares de sus odios,  
 Reunidos se adelantan,  
 La presentan, y uno habla de este modo :  
 — « Decidnos! oh maestro!  
 ¿Qué pensais, vos, de ese pecado odioso?  
 Sorprendida y culpable  
 Esta adúltera ha sido entre nosotros.  
 De Moisés en las leyes  
 ¿Qué hallais contra ella? » Y la afrontaban todos.  
 Y la infiel desposada  
 Su espantado mirar giraba en torno,  
 Como buscando á alguno  
 Que en trance tal sirviérase de apoyo.  
 Y con piedras en mano,  
 Ensañando á las turbas el encono,  
 Su fiesta de ella hacían,  
 Y estos gritos se daban unos y otros :  
 « ¡Ah, que apedreada sea  
 La adúltera mujer : ya el alevoso  
 Seductor está muerto! »  
 Y lloró la infeliz. Pero de pronto :  
 — « La primer piedra tire  
 Quien se halle sin pecado entre vosotros. »  
 Dijo Jesus; y á un lado  
 Á colocarse fué, volviendo el rostro.  
 El inconstante pueblo  
 Comenzó á serenarse poco á poco;

Y al fin apaciguado,  
Dejó de ser, como era numeroso;  
Al tiempo que el Maestro,  
Inclinándose á tierra, hizo en el polvo,  
En idioma ignorado,

Caractéres que un dedo misterioso  
En la mansion celeste  
Retrazó de los Angeles Custodios.....  
Jesus, al levantarse,  
Miraba á su alrededor, y estaba solo.

## EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA E. E.

¿Á qué cantar cuando ya el harpa mia  
Solo al suspiro le concede un eco?  
Y á tí que en el camino venturoso  
De hermosa juventud vas discurrendo,  
¿Qué te importa el dolor ni qué los ayes  
Que puedan exhalarse de mi pecho?

No miento yo perdidas ilusiones,  
Yo no invento pesares que no tengo;  
Que á tenerlos al fin, por no afligirte,  
En el alma guardara mi secreto.

¿De qué sirviera que al mirar tus ojos  
La página que mancho con mis versos,  
Brotara de tu párpado una lágrima  
Que avalorar pudiera mis conceptos?

¡No lo permita Dios!..... Tus lindos ojos  
Estrellas de tu rostro, el firmamento  
Envidieles mas puros y brillantes  
Que lo son por la noche sus luceros!

¡Tú en la edad del placer y de la risa,  
No has de ver mas que flores en el suelo :  
El arrullo del aura placentera  
Te embargue los sentidos, y en el lecho,  
Visiones gratas en tropel pintado,  
Embellezcan el mundo de tus sueños!

¡Preciosa juventud! ¿En dónde moras  
Que no levantes al placer un templo? —  
¡Atmósfera de eterna primavera  
Te circunda anhelante en giro inmenso :  
El sol abrasador nunca sentiste  
De la estiva estacion, que desde el medio  
De la bóveda azul lanzó sus rayos :  
Apenas si el contacto de su incendio  
Rosada luz en tu mejilla influye,  
Abrillantando el mar de tus cabellos!  
¡Preciosa juventud! En vano se alza  
En la cruda estacion del cano invierno  
El pardo nubarron; sus antros rasgue,  
Resuélvase en granizo y aguacero,  
Y el rocío será que desde lo alto  
Desciende á refrescar tus lindos miembros,  
Como á la flor matinal, deshecho en perlas,  
El llanto de la aurora le dá riego.

¡Preciosa juventud! ¿Hay al acaso  
Que tengas por mentira? ¿Y qué no es cierto  
Para el alma feliz que en fuerza virgen  
Nada imposible á su ardoroso anhelo  
Pretende descubrir? Deja que quiera,  
Y en hombros sustentándose del génio,  
La verás en carrera estrepitosa,  
Atrás dejando al presuroso viento,  
Intrépida salvar el ancho foso,  
Susto y bullicio en el cercado ajeno  
Introducir; y cuando al lindo llega,  
Aun volverlo á saltar..... y siempre ardiendo  
Tregar á la montaña mas altiva  
Y escalar los alcázares del trueno!  
Deja que quiera, y las potentes alas  
De la mente ardorosa sacudiendo,  
Cual cóndor atrevido que del éter  
Intenta sorprender el gran misterio,  
Cerniéndose á su vez, hallará fácil  
Traspasar el dintel del firmamento!.....

¿Qué para ella no es goce y ufanía?  
¿Qué hay en el mundo que no sea bello?  
¡La flor para ella se colora, el aura  
Murmurios tiene y juguetones besos,  
Risa el arroyo, músicas el bosque,  
Trinos las aves, transparencia el cielo!  
¡Tal es la edad! La llama de la vida  
Enciende en juventud de amor el fuego,  
Y la grata ilusion en muelle sólio  
Enfroniza la imágen del deseo.....  
¡Para ella el canto y la armonía oculta,  
Para ella la efusion del pensamiento,  
Que todo lo descifra y lo comprende  
Y asimila á su ser en goce interno!  
¡Para ella el canto!.....

Ya la edad sañuda  
Va entibiando mi mente con su hielo  
Y blanqueando el cabello que nó ha mucho  
Cayó sobre mi sien rizado y negro.

No canto ya, porque al pulsar el harpa  
Se me enredan las cuerdas en los dedos :  
No canto ya, porque mi labio torpe  
No encuentra la expresion del sentimiento.

¿Á qué un acento destemplado y vano?  
¡Juntas poesia y juventud nacieron.....  
El viento de la tarde las agosta.....  
La poesia y la flor mueren á un tiempo!.....  
Yo te diera algun lirio de mi alma  
Si no estuvieran como el alma yertos!

¡Quizá, quizá, tocado por tu mano,  
Impregnado del ámbar de tu aliento,  
Y al milagro quizá de tus miradas,  
Le vuelva el brillo de su ser primero!  
Tú lo recibes, pues; á tí lo envío :

Colóquese en el trono de tu seno;  
Suspéndase hasta el cielo de tu frente;  
Enrédese en las ondas de tu pelo.  
¡Acaso por favor tan escogido,  
Seco ya el cáliz y tu tallo seco,  
Aroma vuelva á dar, acaso cobre  
Nueva vida y valor en tu elemento!

¡Imposible, jamás! Las mustias hojas  
Rodarán desmayadas por tu cuello,  
Y hollándolas tu planta soberana,  
Se tendrán por felices en el suelo.

## HIMNO Á MARÍA

Madre de gozos y de amores madre,  
Hija y esposa del Señor; que albergue,  
Halla en tu seno inmaculado y puro,  
Virgen María.

¿Cuál hay mas dulce que tu dulce nombre?  
El ténue ruido que las hojas forman  
Allá en el bosque solitario y quieto  
Ménos es blando.

Céfiro errante que el pensil halaga  
Y que columpia las dormidas flores  
Es de tu nombre en musical susurro,  
Débil remedo.

Tuyo es el nombre que el infante aprende  
Del casto lábio de la madre amante,  
Grata palabra que repite ansioso  
Todo el que sufre.

Que ánsias y penas en la vida un día  
Harto amargaron tu sensible pecho  
Harto la espina del dolor conoces  
Del te apiadas.

Tú la conoces y por eso alzadas  
Sobre tu trono de explendentes nubes,  
Tú la demanda del favor acojes,  
Ruegas y alcanzas.

Tal poderío sólo á tí te es dado,  
Tanta ventura sólo tú la obtienes;  
Porque la madre de aquel Dios hecho hombre  
Fuiste tú sola.

Tuyo era el seno que exprimiera el niño,  
Nectar y vida recibiendo á un tiempo;  
Tú de su andar y balbuciente lábio,  
Báculo y guía.

Lágrimas saltan de tus bellos ojos,  
Sueñas perdido al inesperto Infante;  
Lo hallas, y encuentras que en Sion conquista  
Públicos triunfos.

Brama mas tarde el populacho airado....  
No es el infante quien te apena ahora,  
Pero es el Hombre que á morir condenan  
Y ese es tu hijo.

Por cada gota de divina sangre,  
Por cada espina que su frente clava,  
Tu alma en el duelo se consume y lloran  
Sangre tus ojos.

Y á tí se vuelve tu Jesus amado,  
Y á su discípulo adorado dice :  
« Tú por mi madre velarás, Juan mio,  
Que ella es tu madre. »

Madre de Cristo y de los hombres madre,  
Tú la esperanza del perdido humano,  
Tú que lo llevas al deseado puerto  
Faro luciente;

Dulce consuelo de indigencia triste,  
Tú que en el alma del dormido niño  
Castos deliquios de ventura envuelves,  
Sueños y glorias;

Tú eres el lirio del oculto valle  
Que nace y crece en ignorado sitio,  
Y que mas blanco que la nieve andina  
Alza la frente.

Tú eres la palma del desierto estivo;  
Bajo tu sombra el caminante duerme;  
Tú de esta tierra abrasadora y seca  
Puro rocío.

Son también tuyos los honores, tuyos  
Templos y ritos, y el incienso sacro  
Que en varios giros de olorosas ondas  
Sube á encontrarte.

Tuyo es el trino de canoras aves,  
Tuyas las flores que los campos crían,  
Que de tus aras el camino, todas,  
Todas lo saben.

Huella tu planta á la serpiente el cuello,  
El mal se acaba y nuestra paz renace  
Y al despertarte de esta vida, en otra  
Hallas un trono.

Hallas un trono do del sol vestida,  
Calza tus plantas la creciente luna,  
Y el claro manto de estrelladas luces  
Tiendes al globo.

El me cobije si á cantar me atrevo  
Tus alabanzas, y mi canto ¡oh Virgen!  
Haz que á tí suba como al sol se encumbra  
Águila altiva.

Vuelve hácia mí tus divinales ojos.  
Un pensamiento de perdon me envía  
Y haz que en la altura tu potente diestra  
Brille en mi amparo.

### LA ESPAÑA EN EL SIGLO XV

De Granada en las torres musulmanas  
Opaca brilla la menguante luna,  
Que ya cede al rigor de su fortuna  
Y al valor de las huestes castellanas.

— Allende el mar están las caravanas,  
La mezquita, el harem : ya es importuna  
Vuestra presencia aquí : la Media luna  
No se enhiesta dó veis cruces cristianas, —

Tal prorumpo la España, y en la vega  
Su ejército venció, y el mar profundo  
Surca su escuadra que feliz navega.

Y, triunfante, Isabel dice : « difundo  
Mi cruz y mi poder. Colon que llega  
Mis joyas me devuelve con un mundo. »

### A UNA CAMELIA

Con cuanto afán brotaste en los jardines  
Entre nardos, jacintos y violas  
Envidia de las rojas amapolas  
Y afrenta de los cándidos jazmines.

Hermosa mano para gratos fines  
Te dió cultivo é imaginóte á solas,  
Ya atando del cabello crespas olas  
Ya el seno cobijando en sus confines.

No en él te extásies, no lo tome á insulto  
El tierno pecho, si con blando acento  
Así le instruyes en el lenguaje oculto :

— Flor inodora no hablo al pensamiento ;  
La vista solo me rindió su culto,  
No el alma, por faltarle el sentimiento.

### LÁGRIMAS

Nace á la vida el inocente niño,  
Y al mundo viene en lágrimas deshecho :  
El lácteo jugo del turgente pecho  
Con llanto pide al maternal cariño.

Mas blanca y pura su alma que el armiño,  
Crece al abrigo del paterno techo ;  
Y á la burla del mundo, y al despecho  
Su llanto brota en turbio desaliño.

¡Llorar para existir, esa es la cuna...  
¡Y llorando vivir, esa es la suerte!.....  
¡Y á los seres llorar que amamos tanto!.....

Si no es dado aspirar á otra fortuna,  
Esa tumba que me abra á mí la muerte.....  
Vengan los míos á regarla en llanto.

### LA SILVIA DEL CALVARIO

¡Ah, no, que yo no iré!  
No en la memoria triste de ese justo  
El llanto con mis pasos turbaré.....  
Para dolor tamaño no hay consuelo,  
No hay otro que callar y orar al cielo.  
¡Ah, no, que yo no iré!

Cuando al peso cedia  
De su dolor el Hijo de María,  
Herodes alegróse y el Infierno  
Y Pilatos, Sion y Samaria ;  
Mas en el trance tierno  
Conmovió su agonía  
Al ángel en el cielo,  
Al suelto pajarillo,  
Á la mujer del suelo.

Y cuando, sobre el Gólgota que puebla  
Gente feroz, el huitre  
Sus negras alas con fragor agita,  
El cadáver husmeando,  
Del pié de la colina,  
En medio la floresta,  
Una Silvia volando peregrina  
Vino á posarse en la sagrada testa.

Olvida por la cruz su nido y rama,  
Y pia y gime, y afanosa en vano

Con su pico piadoso,  
Pugna por arrancar la aguda espina  
Que en roja se tiñó, sangre divina.  
La irónica diadema  
Mayor dolor al muribundo daba,  
Y Jesus sonriendo,  
Con mirada suprema  
Es fama que á la Silvia así le hablaba.

« ¿ Á qué bañarte en mi divina sangre,  
Á qué en los clavos de mi cruz te posas,  
Si cual la frente el alma está pasada,  
Por la espina del mal que me devora?  
La tempestad que brama y me circunda,  
Tus plumas y tu voz al viento arroja,  
Y tu estéril esfuerzo, sin moverla,  
Añade nuevo peso á mi corona. »

Comprendió la avecilla, y desplegando  
Rompidas á mitad sus alas bellas,  
Sobre el columpio de su nido blando  
Ocultó su piedad y sus querellas. —  
¡Ah, no, que yo no iré!  
No en la triste morada de ese justo  
El llanto con mis pasos turbaré.....  
Para dolor tamaño no hay consuelo,  
No hay otro que callar y orar al cielo.  
¡Ah, no, que yo no iré!

### EN UN ALBUM

#### ANACREONTICA

Mucho hay, niña, de falso,  
Mucho la vista engaña :  
Jamás en apariencias  
Te duermas confiada.  
Si ves sobre mis sienes  
Mi cabellera cana,  
No pienses que se ha helado  
Como mi frente el alma. —  
Tal en los altos Andes  
Se extiende un mar de plata,

Que el hielo de la cima  
Prolonga hasta la falda ;  
Pero arde allá en el centro  
Un mar de fuego y lava :  
Retiembla el monte, se abre  
Paso la ardiente entraña,  
Y luz esplendorosa  
Hasta los cielos lanza. —  
Yo así para cantarte  
Tengo de fuego el alma.

## SONETO

IMITACION DE VICTOR HUGO

Niña, el amor es la tranquila fuente  
De líquidos cristales que retrata  
El azul de tus ojos, la escarlata  
De tus labios á nieve de tu frente.

Ese límpido espejo transparente  
Miente la calma y la frescura grata;  
El caudal en su fondo se desata  
Con la prisa y la rábia del torrente.

Tú desde el márgen goza, y de su orilla  
No lances tu batel; porque se enturbia  
El cristal al romperse con la quilla;

Porque entonces tu imájen pinta turbia,  
Y en ese mar infiel en donde bogas,  
Te contemplas, te bañas y te ahogas.

## SALVADOR SANFUENTES

Nació en Santiago en 1817. A la edad de diez y nueve años empezó este poeta la carrera pública. En 1845, desempeñó el cargo de intendente de la provincia de Valdivia; y en 1846, subió al ministerio de justicia, donde no alcanzó á permanecer sino corto tiempo.

Desde entonces hasta el año de 1860, en que murió, con grave pérdida para el país y para la literatura, ocupó nuevamente el ministerio; fué nombrado ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago y decano de la facultad de filosofía y humanidades, y obtuvo nuevos y justos honores.

Sanfuentes es el poeta mas fecundo de la América Española; es inmenso el número de poesías que ha publicado, y estas de todo género: poesías líricas, dramas, leyendas y poemas, todo ha dado pábulo á su inspiracion y le ha arrancado magníficas armonías. *El campanario* es, sin duda, su obra de mas mérito, y la que le mereció los mas entusiastas aplausos.

Poeta notable, distinguido hombre de Estado, literato de primer orden y honrado ciudadano, Sanfuentes ha legado á la posteridad un nombre glorioso que ocupará una de las páginas mas hermosas é inmaculadas de nuestra historia.

El 22 de Setiembre de 1873, se inauguró en Santiago un monumento á su memoria.

## EL ÁRBOL

Árbol triste y solitario  
Que dominas todo el valle  
¿Qué te sirve tu belleza,  
Qué tu pomposo ramaje,

Si ya ni la vid te enlaza  
Con sus vástagos amantes,  
Ni un amigo te consuela  
En tus tristes soledades?

Infeliz, tú mismo viste  
La amorosa vid secarse,  
Y por la segur cortados  
Tus compañeros dejarte.

Solo tú para recuerdo  
Del bosque antiguo quedaste,  
Y hoy te ve y te compadece  
De léjos el caminante.

Nadie dá á tu tronco sombra,  
Ni hallarás donde apoyarte  
Cuando el viento ó el torrente  
Contra tí furiosos bramen.

Pronto secarán tu pompa  
Los calores indomables,  
Ó te arrancarán los vientos  
Y enfurecidos raudales.

Lo mismo que tú me veo:  
Ni amo yo, ni me ama nadie;  
Y en mi patria misma soy  
Extranjero miserable.

Si una pena me atormenta,  
Nadie acude á consolarme;  
Y es preciso que devore  
Solo mis crudos pesares.

La mujer que el pecho mio  
Quiso mas, mi tierna madre,  
Despojo del hado injusto,  
En la fria tumba yace!

Amigos!..... Pensé tenerlos  
Cuando fui inesperto ántes;  
Hoy al que no me traiciona  
Le miro de mí alejarse.

¿De qué me sirve la vida  
Si es forzoso que la pase,  
Cual las fieras en los bosques,  
Huyendo de mis iguales?

¡Árbol triste! á tí tan solo  
Me es gustoso acompañarte,  
Sin que la pradera hermosa  
Logre mitigar mis males.